

esencia de la sabiduría filosófica, para jente tan pequeña y comun, todo el mundo que así mismo se sacrifica para el bien general de la humanidad, olvidándose de su interés personal, debe aparecer como persona de espíritu pobre, como aspirante para un asilo de dementes. Para el «Filisteo,» aun todos los filósofos y hombres especulativos de ciencias de las que el resultado y bien material se hallan ocultos ante sus débiles ojos, son candidatos para el hospital de dementes de Bedlam.

Con el epíteto de «aventurero,» aun son mas francos estos «Filisteos» «quedaos en vuestros hogares y ganad vuestra vida honradamente,» es de ellos frase favorita. Aquel que se vé impelido mas allá de los límites de su hogar en busca de un campo adecuado á su espíritu activo, se le tiene por aventurero, y solo es perdonado, aunque siempre algo se le sospecha, si á sus lares trae pruebas patentes de su buen éxito.

«Cuando llegue el tiempo, en que los poetas traigan los eventos de nuestros dias á la vista de las generaciones venideras, no faltará entre sus mas espléndidas figuras la del Príncipe aleman, que se dejó llevar por su noble y elevado deseo allende el Océano, y que encontró su fin trágico en una contienda infructuosa para conferir los beneficios del orden legal y verdadera cultura á un pueblo despreciado.»

LA BATALLA DE S. LORENZO

Y

EL SITIO DE MEXICO

POR UN TESTIGO OCULAR.

LA BATALLA DE SAN LORENZO.

La posicion respectiva de los partidos imperial y liberal en México, despues de la partida del ejército francés, era la siguiente:

El ejército liberal, siguiendo las huellas del ejército francés, habia ocupado casi todo el país.

El general Porfirio Diaz estaba en Oajaca y sus tropas recorrían el país, desde Córdoba hasta las puertas de México, con escepcion de Puebla.

El general Régules ocupaba todo el Estado de Michoacan, con escepcion de Morelia.

El general Corona era dueño de Guadalajara y todo Jalisco.

El general Riva Palacio ocupaba á Toluca.

El general Escobedo se hallaba en San Luis Potosí y cubria todos los Estados del Norte.

El ejército de todos estos generales consistia en su totalidad en treinta mil hombres; mas como que el reclutamiento se efectúa en México con gran facilidad, se podia doblar este ejército en corto tiempo y con mas facilidad,

puesto que el ánimo de este ejército era estremadamente bueno. Se les había hecho creer que ante su vista habían dado caza al ejército francés! Y por consiguiente si de esa manera podían conquistar á los soldados franceses, que tenían la reputación de ser los mejores soldados del mundo, era natural se imaginasen que fácilmente podían aniquilar al pequeño ejército imperial. Esta confianza en el ejército liberal fué perjudicial á la causa del Emperador.

El ejército imperial estaba en posesión de Veracruz; con quinientos hombres; Puebla con dos mil y quinientos; México con cinco mil; Morelia tenía tres mil, y Querétaro dos mil hombres; total, solo trece mil hombres, desde el mar hasta la Sierra Gorda.

Mientras que el ejército liberal estaba lleno de entusiasmo, el partido del Emperador de desconfianza. Maximiliano había anticipado esto y antes de que el ejército francés hubiera salido de México, preparó una expedición con objeto de comenzar las hostilidades, y sorprender al enemigo, el que nada menos esperaba esto. Por medio del éxito, el ánimo del ejército imperial solo podía restaurarse y el general Miramon era el único hombre á quien podía encomendársele semejante aventura, con alguna probabilidad de éxito.

Miramon había sido Presidente de la República mexicana á una edad cuando otros jóvenes comienzan la vida; había dejado atónitos á sus paisanos con sus hechos, los que eran sorprendentes aun en un país como México, adonde lo imposible parece lograrse. Por lo tanto, se le consideraba ser la piedra angular del partido conservador.

Don Miguel Miramon salió de México solo con una escolta, llegó á Querétaro con una compañía, y marchó sobre Zacatecas con un regimiento, sorprendiendo esa ciudad

perfectamente, y de donde tuvo Juarez que escaparse con su acostumbrada velocidad.

Miramon, el que había dejado á México sin ejército ni cañones y aun sin dinero, marchó ciento sesenta leguas, salió victorioso en diez combates, había ocupado Guanajuato, Leon y Zacatecas, y obligado al renombrado Presidente de la República, Juarez, á echar á correr en su cara. Todo esto se hizo cuando el ejército francés se hallaba aun en el suelo mexicano, y cuando acorde con ciertas publicaciones, toda la nación estaba en contra de la monarquía.

El efecto producido por este brillante negocio fué muy benéfico, y la posibilidad de su éxito dió confianza al partido imperial, el que no se había amedrentado con el desastre de San Jacinto, donde Miramon perdió la parte mas grande de las ventajas que había ganado, á causa de haberse hallado demasiado lejos de los generales Mejía, Méndez y Márquez, que debían seguirle.

Cierto era que el Emperador había perdido la ayuda de la Francia, que sus arcas se hallaban cerradas á Maximiliano; pero por otro lado habían ido tambien los agentes franceses y sus exigencias. Cierto era, que tres cuartas partes del Imperio estaban perdidas, pero el triunfo de Miramon había probado que podía recobrase la pérdida. Cierto era que el ejército del Imperio había perdido veinte mil franceses, pero estos estaban ya cansados, y desmoralizados; y aun restaban al Emperador mil hombres de tropas europeas, leales, y valientes, y de ninguna manera desalentadas. Veracruz estaba todavía en manos de los imperialistas; y las riquezas que de allí dimanaban costearían la guerra; Puebla con su superabundancia, estaba igualmente en su poder, lo mismo que México, la Ca-

pital del Imperio, que daba al gobierno residente allí el sello de la legitimidad. Pues bien, por qué razon no habia de triunfar el Imperio? En Europa esto podia haber sido un imposible, en México no lo era.

Sin embargo, no habia un momento que perder. Tenia que evitarse el que el enemigo concentrara sus fuerzas y marchara sobre México; y el Emperador bien impuesto de la responsabilidad de su posicion, y demasiado caballeresco para permitir á otros que solos derramasen su sangre por su causa, resolvió obrar por sí mismo. El 13 de Febrero de 1867, la nacion oyó con entusiasmo que Maximiliano se habia puesto á la cabeza de dos mil hombres, y llevándose consigo al general Márquez como gefe del Estado Mayor, habia partido para Querétaro.

Habia dejado en México á todas las tropas europeas, y al haberlo hecho así, probó ser tanto un buen político como un buen general.

Puede ser que fuera un albur peligroso el haberse rodeado solo de tropas mexicanas, pero su posicion era escepcional, y exijia medidas atrevidas. Al confiar su persona y destino solo á mexicanos, aduló la vanidad de su pueblo y conquistó el amor de este.

No fué sin pesar que el Emperador dejó á sus mejores tropas y á las mas de fiar en México; pero estas tenian que asegurar su retirada en el caso de desastre, y componian bajo cualesqueir circunstancia una reserva en la que podia en lo sumo confiar.

Querétaro, lugar adonde marchaba el Emperador, no era de ninguna manera un punto fortificado, y muy mal situado para la defensa, pues está dominado por los cerros que lo rodean á tiro de cañon; pero en otro sentido, era

de grande importancia. Es la llave para el valle de México, y un ejército avanzando contra esa ciudad viniendo del Norte no podia dejar Querétaro á su retaguardia. Esta última ciudad está cerca de la Sierra Gorda, adonde estaba Mejía, idolatrado por la poblacion india; se halla solo á unos cuantos dias de camimo de Morelia, de donde se esperaba al general Méndez, pues este habia recibido órdenes de unirse con sus veteranas tropas al ejército del Emperador, é igualmente Miramon estaba en Querétaro, á cuyo lugar se retiró despues del desastre de San Jacinto.

Querétaro siempre habia sido muy adicto á la causa del Emperador, el que esperaba reunir en ese lugar un ejército de ocho mil hombres, que debia aumentarse con cuatro mil indios de la Sierra Gorda.

No es nuestra intencion dar los detalles del sitio de Querétaro, sino solo tratar la posicion respectiva de imperialistas y liberales, y mostrar que el Imperio no estaba tan enteramente falto de recursos.

Trascurió el mes de Febrero sin que ocurriera ningun suceso importante. Las tropas liberales avanzaron sobre Querétaro, adonde tenian su *rendez-vous*. Porfirio Diaz, habia salido de Oajaca, y avanzó haciendo cortas jornadas diarias sobre Puebla; algunas partidas de guerrilleros infestaban el Valle de México, mas sin acercarse demasiado á la ciudad, sin duda contrarrestadas por la caballería austriaca que habia allí.

Esta pobre caballería austriaca, lo mismo que la infantería, sentia muchísimo el tener que quedarse en México, no obstante lo importante de su mision allí. Ansiaban por el servicio activo, y todos sus deseos se tornaban hácia Que-

rétaro, y esperaban que el Emperador pronto los mandaría llamar.

Porfirio Diaz habia llegado al Valle de México; y la ciudad estaba circumbalada por numerosas tropas. Se efectuaban salidas, pero estas no causaban gran placer á la caballería austriaca, pues el enemigo no hacia resistencia, y tan pronto como estos se aparecian huia.

Todas las noticias que llegaban de Querétaro se escuchaban con gran ahinco, pero por algun tiempo ninguna cosa de importancia trascurió. Al fin vino la noticia de que el ejército imperial habia obtenido el 14 de Marzo un triunfo completo cerca de Querétaro, y el regocijo se aumentó con la llegada de los brillantes detalles, y noticia de que el Emperador venia de regreso con parte de su ejército.

Se circulaban los rumores mas estravagantes. Se decia que los generales imperiales estaban persiguiendo en todas direcciones los restos del desbandado ejército liberal, y que Maximiliano, llevándose consigo á sus tropas europeas, intentaba limpiar el camino de Veracruz. Estos rumores parecian confirmarse por la circunstancia de haber desaparecido las tropas que infestaban el Valle de México, y generalmente se creia que Porfirio Diaz, no atreviéndose á esperar al Emperador, se habia retirado á Oajaca.

Al fin, el 24 de Marzo llegó á saberse que no era el Emperador el que en persona se acercaba, sino el general Márquez, y al dia siguiente, 25 de Marzo, entró á México á la cabeza de la brigada de caballería del coronel Quiroga, cosa de novecientos hombres resueltos.

Su llegada robusteció la creencia del triunfo de las armas imperiales en Querétaro. Si todo no marchara bien allí,

el Emperador no hubiera enviado de su lado uno de sus mas distinguidos generales con una fuerza, y esta pequeña fuerza no hubiera podido marcharse de Querétaro á México, si existia aun un ejército liberal suficientemente fuerte para oponérsele.

Toda duda se dejó que se la llevara el viento, y los amigos del Imperio estaban exuberantes; el trono de México parecia haberse asegurado, y si hubiera habido Bolsa en México, los fondos habrian subido considerablemente.

El general Márquez vino investido con título de lugarteniente del Imperio y tenia los mas amplios poderes; el gabinete fué en un tanto cambiado, dos hombres enérgicos entraron al ministerio: Iribarren, como ministro de gobernacion, y el general Vidaurri como ministro de guerra y hacienda, con la presidencia del consejo.

Parecia que se daba nueva vida á todos los negocios. Se impuso una contribucion de uno por ciento sobre capitales, se vistieron y armaron á los tropas, que bien lo necesitaban, y el 30 de Marzo salió Márquez de México á la cabeza de un ejército de cuatro mil hombres.

Cuando evacuó Porfirio Diaz el Valle de México, nos equivocamos con respecto á sus razones para ello. No era el miedo lo que le alejaba: sitió á Puebla. Por lo tanto, como que nada se sabia de cierto con respecto á los planes del lugarteniente, se presumió que marchaba en socorro de aquella ciudad.

El pequeño ejército que salió de México era admirable. La infantería se componia de dos brigadas, en su total dos mil hombres, entre los que se notaban el 18 rejimiento, del cual las dos terceras partes eran austriacos y el resto mexicanos, mandados por el teniente coronel Hammerstein.

La caballería se componía de la brigada Quiroga, excelente tropa, sumamente adicita á su jefe; del regimiento de húsares mandado por el coronel Khevenhüller, de los gendarmes á las órdenes del coronel Wickenburg y de un regimiento de cazadores á caballo.

La artillería consistía en diez y ocho piezas.

Mejores tropas que estas no las había en México, y nadie dudaba del éxito.

Hay dos caminos que conducen de México á Puebla. Uno de ellos tiene veintinueve leguas; este es el más corto, pero atraviesa por las montañas de Río-frio, á donde los liberales podían haber tomado una posición fácil de defender, y adonde la caballería, el brazo derecho de los imperiales, no hubiera servido de nada.

El segundo camino es más largo; pero pasa al través de los llanos de Apam, adonde se podía hacer uso de la caballería con las mejores ventajas. Por lo tanto, se resolvió marchar en dirección á los llanos de Apam.

El ejército pasó la noche del 30 en San Cristóbal; los impedimentos que había puesto el enemigo en el paso, fácilmente se vencieron.

El 31 de Marzo el ejército estaba ya en Otumba, y el 1º de Abril se hizo alto en San Lorenzo.

La marcha fué muy lenta; pero se presumía que Márquez obraba de acuerdo con las tropas en Puebla, y debía saber lo que traía entre manos. Podía ser que la marcha sobre Puebla fuera solo fingida para cubrir un movimiento repentino en dirección á Querétaro.

El 2 de Abril estaba el ejército en Soltepec, y en marcha allí se encontraron varias partidas de los liberales, las que se hicieron á un lado probablemente por no esponerse

á ser destruidas. El 3 llegaron los imperialistas á Guadalupe, quedándose allí hasta el 4, y el día 5 se encontraron en la hacienda de San Diego el Notario.

El 6 de Abril había ya casi llegado el ejército á Huamantla y los húsares que formaban, la vanguardia, habían ya entrado á ese lugar, adonde debía hacerse parada, cuando el cuerpo de la columna fué atacado por la vanguardia del ejército de Porfirio Díaz. Se les recibió con un fuego bien dirigido de nuestra artillería é infantería y fueron rechazados en desorden. Los húsares, que al instante regresaron, llegaron muy tarde para tomar parte en el ataque. El ejército se detuvo en Atochapuc.

Cosa de las tres de la tarde se presentó toda la caballería de los liberales, cerca de seis mil hombres. Los húsares mandados por el coronel Kodolich, el que al fin obtuvo permiso de Márquez para conducirlos, efectuó una brillante carga, destrozó la primera línea del enemigo, y les rechazó dentro de una barranca, adonde se les hizo pedazos. Desgraciadamente Márquez no sostuvo este movimiento, y de esta manera la caballería liberal escapó de una derrota completa.

Pero este triunfo fué más que contrapesado con las malas nuevas de Puebla, la que había sucumbido el 2 de Abril, y los fuertes inmediatos á la ciudad cayeron el día 4.

Mucho tiempo precioso se había perdido. Si el ejército hubiera avanzado con más rapidez, por lo menos los fuertes de Guadalupe y de Loreto, si no Puebla, se hubieran salvado, pues los fuertes dominaban aquella ciudad.

A esto, todo el ejército de Porfirio Díaz, embriagado con el éxito, estaba sobre nosotros, y las partidas que nos rodea-

ban y que hasta entonces se habian mantenido á una distancia respetable, llegaron á ser mas y mas audaces.

Márquez, cuyo único designio ahora era llegar á México antes que Porfirio Diaz, mandó tocar retirada por el mismo camino adonde habiamos marchado.

El día 7 llegamos á Guadalupe sin haber encontrado al enemigo, el que probablemente tenia que trasladar á sus numerosos heridos á Puebla, y requeria tiempo para reharerse del severo castigo que habia recibido el dia anterior.

En marcha hácia San Lorenzo, el dia 8 encontramos á cosa de mediodia á los liberales bajo las órdenes del general Lalanne, el que habia reunido algunas partidas, y trató con su ataque de frente de detener nuestras columnas hasta que Porfirio Diaz pudiera alcanzarnos y atacar nuestra retaguardia. Lalanne tenia cosa de mil hombres entre caballería é infantería; pero el coronel Kodolich á la cabeza de los gendarmes y los cazadores á caballo, los derrotó é hizo trescientos prisioneros, despues de lo cual siguió la columna su marcha y llegó á San Lorenzo á cosa de las dos. Podia haberse continuado la marcha, pero el general Márquez prefirió tomar una buena posicion.

La hacienda de San Lorenzo está situada al fin de un estenso llano adonde se encuentran dos caminos, ambos conducen á México; el que está á la izquierda, pasando por San Cristóbal, era el por el que habiamos ya marchado, y el de la derecha sobre Texcoco, que era en extremo malo, y que conducia por un terreno muy escabroso.

Frente á la hacienda se estiende un llano muy favorable á las evoluciones de caballería, y tras de la hacienda y á distancia de tiro de cañon, pasa una cadena de cerros bastantes bajo.

El general Márquez habia dado el mando de toda la caballería al coronel Kodolich, el que propuso ocupar los ya mencionados cerros con infantería, colocar en los llanos á la caballería, atacar al enemigo y rechazarlo sobre su ala izquierda en las montañas.

El enemigo se presentó á cosa de las cuatro y comenzó con una escaramuza bastante avivada y sostenida por artillería, la que se continuó hasta oscurecerse, sin seguirse ningun encuentro sério.

La mañana siguiente al amanecer, se descubrió que se habia colocado todo el ejército liberal en línea de batalla, pero con el deseo de cortar la retirada á México por ambos caminos, Porfirio Diaz habia estendido esta línea demasiado, y con esto su centro se hallaba debilitado á tal grado que un solo ataque hubiera dividido en dos mitades á su ejército.

Sin embargo, Márquez no queria se hiciera semejante ataque, y aun habia olvidado seguir el consejo dado por el coronel Kodolich de ocupar los cerros trás de la hacienda. El enemigo ganó con esta negligencia; dos de sus piezas fueron colocadas allí, y aunque no hicieron un positivo daño, hicieron lo suficiente para causar cierta inquietud entre nuestras tropas.

Al fin, hácia al anochecer, se resolvió Márquez á continuar su marcha para México. A cosa de legua y media de San Lorenzo, en el camino que pasa por San Cristóbal hay una barranca muy profunda. Como que era de temerse que el enemigo podia destruir el puente que por ella atraviesa, el jeneral envió á los húsares y gendarmes bajo el mando del coronel de Wickenburg, para asegurar las aproximaciones al puente, si aun existia este.

La noche estaba oscura. Llegando á la barranca, el coronel Wickenburg se precipitó dentro, y con él la primera compañía de húsares al mando del capitán Kulmer. El puente estaba tirado, y el camino ocupado por el enemigo. Por lo tanto, no podía llenarse el objeto de la expedición, y el resto de la caballería ó á las órdenes del coronel Khevenhüeller, torció á la derecha, é impelido por la necesidad, abandonó al coronel Wickenburg y á su puñado de hombres que estaban rodeados por mas de mil y quinientos liberales.

Esta pequeña cuadrilla no perdió el valor; logró subir el declive opuesto de la barranca y cubierto con la oscuridad de la noche, se abrió paso por entre el enemigo, y al fin llegó á México, despues de haber pasado la mayor parte del lago de Texcoco á nado.

Márquez no tenia otra disyuntiva; tuvo que tomar el camino que pasa por Texcoco, y así lo hizo á las tres de la mañana siguiente.

Como que el enemigo se habia figurado que marcharíamos por San Cristóbal, habia dispuesto sus planes y fuerzas en conformidad, y por lo tanto no fuimos molestados al principio de nuestra marcha, pero á las cinco, á la entrada de la sierra, se presentó ante nuestra columna la vanguardia de los liberales.

El orden en que marchábamos era como sigue:—A la cabeza iba la primera brigada de infantería, incluso el regimiento Hammerstein, en el centro estaba toda la caballería, seguida de la segunda brigada de infantería, mientras que cien caballos de Quiroga cubrian la retaguardia.

A cosa de las seis, la columna que iba marchando por terribles desfiladeros, llegó á una barranca muy estrecha

de cuatrocientos piés de profundidad. El puente que comunmente la atravesaba habia sido destruido por una de esas partidas que no se habian atrevido á acercárenos durante nuestra marcha sobre Puebla, pero que rondaban ahora en derredor á nuestro ejército en retirada.

De las vigas del puente solo quedaban tres: sobre la que estaba á la izquierda cruzó la barranca la infantería; de las otras dos hizo uso la caballería, la que condujo por la brida á los caballos por esta peligrosa vía, pero los trenes y la artillería no pudieron pasarse. No habia tiempo para inventar medios; estábamos en una verdadera cueva de asenos, y el enemigo se apareció en todos los cerros que nos rodeaban. No nos quedaba otra cosa mas que echar los cañones y el parque en el abismo.

La brigada de avanzada habia ya cruzado é igualmente los gendarmes y cazadores á caballo, cuando se dejó oír una esplosion terrible, que arrojó los restos del puente. Los caballos se asustaron, dieron la vuelta y echaron á correr causando el desorden en la brigada que seguia.

Una granada, probablemente haciendo esplosion al caer contra una roca, habia de algun modo hecho incendiar fuego en los cajones grandes del parque. Afortunadamente la barranca estaba muy profunda, y no podia ocasionarse ningun mal, pero la infantería mexicana que formaba la segunda brigada, fué poseida de un terror pánico, tiraron las armas y echaron á correr con toda la presteza posible. El 10º batallon desapareció completamente.

A consecuencia de esto la caballería se encontró á retaguardia de la columna. Entretanto los húsares habian pasado el peligroso puente en el mejor orden, y nos dieron bastante tiempo para formarnos, pues el enemigo se habia

detenido igualmente por el mismo impedimento. Al fin, tambien lo vencieron, se formaron de nuevo y nos siguieron con gran precipitacion, imaginándose que estaban persiguiendo á una tropa desalentada y en ciega fuga, y nos atacaron. Sin embargo el coronel Khevenhüeller no esperó el choque; dió la vuelta tan pronto como se cercioró de las intenciones del enemigo, y sus húsares se lanzaron sobre ellos, pusieron en desórden sus columnas, y les hicieron sufrir perdidas considerables.

En este brillante ataque, los tiradores de Quiroga se portaron admirablemente, y mucho contribuyeron al éxito. El capitan austriaco Jhom recibió una herida sobre la cabeza y un balazo en las caderas, pero no obstante estas dos heridas se quedó en el caballo todo el dia, y álla cabeza de su compañía.

El coronel Kodolich se puso entonces á la cabeza de la columna, y suplicó al general Márquez le diera el 18 regimiento de infantería para que prosiguiera la marcha de la caballería que á cada paso se encontraba entorpecida por lo escabroso del camino. Márquez consintió y por lo tanto todas las tropas estrangeras iban á retaguardia de la columna, y tuvieron que sufrir todos los ataques del enemigo, mientras que Márquez no abandonó por un momento su mas seguro lugar á la cabeza de las tropas.

El coronel Kodolich le mandó suplicar se parase en el lugar mas favorable para que descansaran los soldados, tomaran alimento los caballos, y se contrarestara al enemigo en su persecucion. Este descanso se necesitaba muchísimo, pues todo el dia se habia pasado peleando, aunque el enemigo prevenido por la experiencia pasada, no se atrevía á hacer un ataque decisivo. Se satisfacian con hacernos

fuego desde las alturas, con lo que ocasionaron grandes perjuicios. Con tanta frecuencia como lo permitia el terreno los atacaba y perseguia el coronel Kodolich, y cada vez á una distancia considerable. Ocurrieron nada menos diez ataques semejantes, todos brillantes y de éxito.

En vano nos aguardamos á que hiciera Márquez alto y tomase una posicion, aunque solo hubiera sido por cinco minutos. El coronel Kodolich repitió su súplica varias veces, pues la retaguardia estaba completamente exhausta; todo fué en vano! Márquez seguia adelante, y cambió una retirada admirable en fuga, con su precipitacion personal. Al fin, á cosa de las dos, hizo á un lado todo sentimiento de vergüenza, y abandonó á su ejército, partiendo al galope por el camino de México, seguido de su Estado Mayor.

La retaguardia llegó á Texcoco á cosa de las seis de la tarde. Habian estado batiéndose desde las cinco de la mañana. Texcoco ofrecia una posicion excelente, y todos esperaban encontrar allí á la vanguardia con su general. Pero no! Texcoco estaba vacío, y la marcha tuvo que continuarse: apenas habia tiempo para dar agua á los caballos.

Este corto descanso dió tiempo al enemigo para alcanzar á la retaguardia. Las cabezas de sus columnas se aparecieron por las calles y algunos de los habitantes hicieron fuego desde las ventanas y las azoteas sobre los imperia, listas.

A las ocho de la noche cruzamos un arroyo bastante hondo. La orilla opuesta estaba en extremo crecida de breñales, y un batallon á las órdenes del capitan Buksay, y dos compañía de caballería fueron dejados allí en emboscada. Estas tropas permitieron al enemigo acercarse bas-

tante y cuando estaba ya bien envuelto se arrojaron inesperadamente sobre sus ambos flancos y les causaron grandes pérdidas. Parte á consecuencia de este ataque, parte á causa de la oscuridad de la noche, se abandonó entonces la persecucion.

Estábamos aun á diez leguas de México. Las tropas á esto habian marchado ya diez y siete horas, y batídose quince, y estaban enteramente exhaustas, pero no pensaban en sí; solo una idea animaba á estos héroes. El Emperador les habia confiado la guarda de México, y allí tenian que estar antes que el enemigo pudiera llegar. Se continuó la marcha. No describiremos los sufrimientos de esa terrible noche. Al fin, á la mañana siguiente, á las ocho llegaron las tropas á la garita de México: Márquez habia llegado la noche anterior á las once esparciendo el rumor de la destruccion total de su ejército. Circuló lo mismo que un fuego que se estiende por todas partes y causó gran consternacion. Pero cuán grande fué la sorpresa de los habitantes cuando vieron las tropas europeas formarse con el mejor orden en la Plaza de Armas; sus filas disminuidas, es cierto, sus cabezas erguidas y sus buenas hojas teñidas con la sangre de sus enemigos. Los húsares desfilaron pasando por palacio á su cuartel, y entraron á este dando vivas al Emperador.

EL SITIO DE MEXICO.

Las esperanzas brillantes del Imperio habian cambiado muchísimo en pocos dias. Miles de rumores fatales se circulaban por la ciudad. Se decia que Puebla habia sido vendido por el general Noriega, aun la suma que se le habia pagado se nombraba. Por todas partes se sospechaba la traicion.

Márquez, aunque era conocido como un tirano sanguiento, habia siempre gozado la reputacion de ser hombre apto, y de un valor á toda prueba; pero la piel del leon le habia sido arrancada, y el mundo llegó á saber que era un inhábil, y peor que un cobarde.

Se esperaba que en ese mismo dia se apareceria el ejército liberal, pero no se hicieron ningunos preparativos serios para resistirlo. La infantería mexicana estaba destruida, y lo poco que de ella quedaba no valia gran cosa: eran tropas tomadas de leva, apenas armadas y no de fiar. México estaba á la ventura del enemigo, y con él tenian que sucumbir Querétaro y el Imperio! El desaliento era general.